

Esquiando la cuesta

Todo comenzó un día como cualquier otro, los padres se van a trabajar, los niños a estudiar y en el colegio hubo un anuncio sobre una semana de esquí, en la que todo irían a un camping durante cinco días para esquiar. Tras haber comunicado esto, el profesor continuó con su clase hasta el timbre del recreo, en aquel momento, entre los estudiantes solo había una duda, ¿quién se apuntaría a aquella actividad? Ricardo miró a Eduardo y rápidamente Unax y Alberto se miraron y voltearon hacia ellos. ¿Eh, vais a ir dijo Unax susurrando a todos?

Una secreta reunión en el patio, al final de clases, lo decidió todo.

Ese mismo día Ricardo le contó todo a sus padres, les explicó lo que necesitaría para esquiar y les suplicó poder asistir a esa gran cita con sus compañeros. Pasaron entonces unos largos 2 meses entre el día del anuncio y la fecha esperada. Era un lunes por la mañana, todos estaban listos,

con las maletas y la intranquilidad de quien conoce un lugar nuevo. Entonces, el autobús partió a un pequeño pueblo del norte de Navarra.

Ricardo observaba el recorrido a través del cristal del vehículo, mientras miraba, recordó a su padre, cuando le dijo, en la noche anterior del viaje, durante la cena, que en el pueblo donde irían, iba a poder ver los mejores abetos y hallas de toda la península ibérica, estaba muy entusiasmado le encantaba la naturaleza y la vida al aire libre.

Al llegar al destino, la alegría y las risas se dejaban oír, también gritos y carreras, por fin, habían llegado.

Rápidamente los profesores los distribuyeron en grupos para asignarles sus lugares de hospedaje. La terrible noticia para ellos fue saber que Alberto, quedaría asignado a otro hostel diferente al de ellos.

Cabizbajos y pensativos se fueron a sus aposentos, la idea era deshacerse del equipaje para empezar la aventura.

Y así fue, ligeramente se dilató el momento de la separación del grupo y se perrecharon con toda clase de abrigo para la nieve. Ricardo nunca había esquiado, no tenía ni idea de como ponerse los esquís, ni como usar los bastones, ni mucho menos cómo frenar. Alberto, por otro lado, era todo un crack para los deportes de nieve, y con mucho entusiasmo le explicaba a su amigo Ricardo todo lo que debía hacer.

Debieron haber subido y bajado la cuesta de nieve, con los esquís, al menos unas docenas de veces. Ya exhaustos, aceptaron las indicaciones de los monitores de ir a descansar y comer algo.

Los días transcurrían con divertidas mañanas de deslizarse por la nieve y por la tarde actividades grupales en el pueblo, juegos de mesa, e incluso, interesantes juegos que desafiaban las habilidades mentales de los compañeros.

Ricardo y Alberto habían fortalecido su amistad, al punto que, la segunda noche del paseo, Ricardo no aguantó más y le comentó a Alberto lo mucho que extrañaba a sus padres, y lo mucho que hubiese querido en ese momento estar junto a ellos.

La mañana del tercer día estuvo llena de aventuras, los chicos desayunaron un rico caldo, el objetivo era subir a la cumbre del monte Ori, un hermoso paraje que requería una larga caminata, por una montaña con riscos de piedra y hermosas vistas de todo el valle. La subida resultó agotadora, pero las vistas del lugar y el viento en la cara hicieron que valiera la pena la experiencia.

La bajada fue un poco accidentada, el monte se sumió en una gran neblina misteriosa, por lo tanto, la visibilidad era complicada, y el piso congelado, hacía que los caminantes se caieran y chocaran entre ellos.

El último día del viaje, todos se concentraron en la plaza del ayuntamiento del pueblo era el día de la yincana, los organizadores habían preparado una serie de pruebas, que revelarían al máximo las capacidades de ingenio, físicas y cognitivas de los asistentes. Recorrieron todo el pueblo resolviendo las pistas apresurando las ideas y solucionando acertijos que, finalmente los reunirían en el punto de inicio. Esa última noche, hicieron una agradable velada a la luz de una gran fogata.

Que se repita